



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,  
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMESTICOS,  
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 19.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Met.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	1 1/2 peso.	1 1/2 pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,  
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.  
Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.  
Madrid, 10 de Julio de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

LA DIANA.

CANTO TERCERO.

*Cura de los caballos, Pesquería y Astrología como necesaria á los cazadores.*

Tambien tiene el caballo enfermedades;  
Mas ¿quién la explicacion de un bruto mudo

Comprende bien? Oh nobles facultades!  
Ni mi musa os burló, ni hacerlo pudo;  
Que ántes bien ama su afición rendida,  
La virtud en los libros escondida.  
Ni querré yo negar que la experiencia  
Algo enseñó tal vez; mas fuera de esto,  
Delira en vano imaginaria ciencia  
Con arbitrario antidoto molesto,

Y prueba los dudosos ingredientes  
Á costa de los brutos inocentes.  
Ni ¿quién persuadirá que al tigre fiero,  
Y á la horrenda serpiente y su braveza,  
Al toro, á la ave y lobo carnívero,  
Les dió instinto la gran naturaleza  
Para curarse y conservar la especie,  
Sin que la humana medicina aprecie;



EL ESTRENO DE UN CAZADOR.



Y al potro inquieto, mucho ántes criado  
Que hubiese albéitar, le ha destituido  
De instinto, y á su error le ha abandonado?  
Y el hombre de otros brutos ha aprendido  
La ciencia de curarse; de manera  
Que ella sola es la hija y verdadera.

La amable libertad que el gozque tiene,  
Ciervo, grulla, león é hipopotamo,  
Le dió despacio, con que á buscar viene  
La pilosela, quina y el dictamo,  
La sangría y clister; y Progne lista  
Con celidonia da al polluelo vista.

Si tú al caballo libertad le dices,  
Si le hay, halló remedio á su dolencia:  
Pazca sin frenos ásperos las mieses,  
Espárase en el campo á la inclemencia,  
Hasta que así cobrando nuevos bríos,  
Se atreva á vadear los anchos ríos.

Pero el hombre ignorante y presumido  
De saber más que tú, Naturaleza,  
Al animal que doma ha sometido  
Á la tímida ley de su simpleza;  
¡Tanto pudo con él la aprensión fuerte,  
Y sin límite el miedo de la muerte!  
Apénas destemplados los humores  
Ve, cuando el infeliz, desatentado,  
Multiplica remedios dañadores;  
Acude á éste y á aquél, acongojado,  
Y sin conformidad en tal abismo,  
Cree que otro sabe de él más que no él mismo.

Ni bastan treinta lustros que ha vivido,  
Que aún sin ejemplar, quiere más de vida,  
Y aún ser eterno, loco y atrevido;  
Y esta imprudencia, y algo de adquirida  
Ciencia, que el mundo Física la llama,  
Á Esculapio y á Apolo dieron fama.

Mas ¡oh del hombre afrenta vil! ¡con cuánta  
Serenidad la muerte el bruto espera!  
Es héroe el jumentillo, y no le espanta;  
Conoce que es forzosa, y persevera,  
Y son los más humildes animales  
Temístocles y Marios y Anibales.  
Añade la grandeza generosa  
Del caballo español; lleva á su dueño,  
Á quien hablar el siervo apénas osa,  
Y él no le mira, ó mírale con ceño,  
Pues juzga por la banda ó la venera,  
Que es de otra especie ó superior esfera;  
Y el noble bruto, al que al criado lleva,  
Sin vanidad se vuelve cariñoso,  
Ni tiene por baldón que se le atreva;  
Conoce que es su hermano, y amoroso,  
Al pienso que le ponen con medida,  
En su mismo pesebre le convida.

Ni le engrien las cinchas tachonadas,  
Parañentos, gualdrapas y jireles,  
Ni la plata en hebillas martilladas;  
Y, pues, así los hombres infieles  
No obran consigo, justo es preguntallo:  
¿Cuál es más bruto, el dueño ó el caballo?

Mas, pues, juntas ya están las prevenciones,  
Á caza salga el cazador famoso:  
Caza es la pesca, si ir allá dispones;  
Moja cortezas de color verdoso  
De nuez, que porque tñan, huyen de ellas  
Las manos de marfil de las doncellas.

De allí nacen lombrices para cebo,  
¡Extraña metamorfosis! ó sea  
Semilla oculta en invisible huevo,  
Ó que el calor de nuevo la procrea,  
Segun el libertino y el impuro  
Dulce Lucrecio y célebre Epicuro.

Porque uno y otro bárbaro ateista,  
Inventor de maldad la más horrenda,  
Átornos juzga cuanto ve la vista,  
Y acaso esta gran máquina estupenda,  
Negando independencia y cetro de oro  
Al númer santo, al gran Dios que yo adoro.

Ésta es de la ignorancia la insolencia,  
Negar que hay dueño, aún del supuesto acaso,  
Porque no alcanza á comprender su esencia;  
Jamás confesará su ingenio escaso,  
Que es conceder, que alguno le adelante,  
Y siempre es presumido el ignorante.

Con sedales y redes prevenido  
(Bajando á desovar el río abajo)  
Serás á Andres y á Pedro parecido,  
Llenas las redes en el hondo Tajo;  
Quien de la caña amó la impertinencia,  
Simulacro será de la paciencia.

También al pez con yerbas se adornece,  
Y se pesca de mimbre en los cañales,  
Cuando tapando el agua desaparece;  
Despojos te darán no desiguales  
Á los del Tajo de Aranjuez, que un día  
Dió mil libras de peces en la ría.

Pero huye siempre el viento de Levante  
Para la caza y pesca; ábrego es bueno,  
Y no pesques de Cintia en el menguante,  
Ni con cielo enojado y no sereno,  
Ni en mañanas con vientos destemplados  
Del Eresma las truchas regaladas.

Ni tienes que extrañar que te aconseje  
Para cazar la observación del cielo;  
Jamás tu vista ese cuidado deje,  
Porque de él pende el régimen del suelo,  
Y por su aspecto puedes ir seguro  
En la adivinación de lo futuro.

Mas no imitar pretendas vanidades  
Del fanático astrólogo agorero,  
Que sobre el libre arbitrio y voluntades  
Del hombre juzgar quiere muy severo,  
Pues sólo alcanzarán tus predicciones  
Del vario temporal las mutaciones.

Las plantas, las estrellas y animales,  
Y aún las cosas sin vida al hombre enseñan;  
Advirtió estas certisimas señales  
El noble labrador, que hoy le desdeñan,  
Y el ocio que entretiene á los pastores  
En el campo, y también los cazadores.

Esperarás que lluvia inunde el prado,  
Cuando las puntas de la luna nueva  
Se ven oscuras, ó si ya ha llenado,  
Y algun círculo espeso ó negro lleva;  
Si la graja se espulga, ó si á la orilla  
De los estanques se zambulle y chillá.

También los gansos de la diosa Tétis  
La lluvia anuncian con sonoras alas,  
Y los caballos que alimenta Bétis  
Refregándose mucho en las estalas;  
La paloma y la abeja; ésta, cobarde,  
Se recoge temprano; aquélla, tarde.

El grueso buey tendido al diestro lado,  
Importuna la mosca porfiada;  
El lobo en embestir precipitado,  
El gallo que cantó de madrugada,  
La rana sumergida, ó con estruendo  
Las querellas de Lycia repitiendo.

Todo te avisará tiempo llovioso,  
Y la campana que aumentó el sonido,  
Y de la grulla el vuelo presuroso,  
Ó el relámpago y trueno ensordecido;  
Si las lámparas altas centellean,  
Y los bufetes de nogal chasquean.

El ábrego de Libia trae las nubes,  
Y cuando en ellas desde el claro Oriente  
Á ocultar tu semblante ¡oh Febo! subes,  
Ó cuando vas cubierto al Occidente,  
Ó cuando te oscureces de improviso,  
Jamás ave casera el campo quiso.

Conocieron también las hilanderas  
De Abades, del Otero y San García  
Por el mechon las lluvias venideras;  
Entonces los carneros á porfía  
Se topan, y á la aurora el solitario  
Más alegre cantó que lo ordinario.

Mudó la hormiga el nido, y la becerra,  
Con las romas narices levantadas,  
Coge el aire después que olió la tierra;  
Los charcos ven sus aguas calentadas;  
Grazna la infiel corneja, y se pasea,  
Las gotas hacen pompa y menudea.

Pero si el sol está rojo al ponerse,  
Y una encendida nube arrebolada  
Le cubre, ó si la luna deja verse  
De rubicunda cinta rodeada,  
Si el nubarrón se eleva al alto cielo,  
Ó con figuras amedrenta al suelo;

Si acaso en las alturas de los montes  
Se oye un sordo ruido, como cuando  
En las fraguas de Lipari los brontes  
Están con anchos fuelles resoplando,  
Ó si, representándose más bellas,  
Corren á todas partes las estrellas;

Si tronó en el invierno á la mañana,  
Ó más que lo que suele en primavera,  
Y el eco se perdió de la campana;  
Ó de Aracnes la tela muy ligera  
Voló, y los perros á estregarse acuden,  
Las ánades y gansos se sacuden;

Ó si las nubes blancas y pequeñas,  
Amaneciendo raso, en las alturas  
Se divisan; son todas ciertas señas  
De que rotas las fuertes ligaduras,  
Que amarran siempre á los furiosos vientos,  
Trastornarán del mundo los cimientos.

Porque advertido el Padre Omnipotente,  
Los encerró en cavernas muy profundas;  
Á no hacerlo, con cólera inclemente,  
Ejerciendo sus rabias furibundas,  
Mantuvieran continua y cruda guerra  
Por todos los confines de la tierra.

Un calabozo horrendo en las montañas  
Del Grande Escorial los aprisiona:  
Ellos braman con furias muy extrañas;  
Del monte que está encima la corona  
Tiembla al murmuréo; sus furores crecen,  
Y por forzar la cárcel se enfurecen.

De allí salen fortísimos zumbando  
Por la ancha lonja en donde el arte brilla,  
Los carros de gran peso arrebataando:  
Trastórnase la octava maravilla,  
Corren la tierra con silbido horrendo,  
Los más profundos mares revolviendo.

Y en la carrera de Indias el piloto  
Cántabro, roto el mástil del navío,  
Ronco y falto del arte apela al voto,  
Y á la violencia del nordeste frío:  
Las armadas inglesas y españolas  
Suben hasta los cielos con las olas.

También conocer puedes los serenos  
Y alegres días con señales ciertas:  
En los bosques fructíferos y amenos  
Música dulce, ó pájaro, conciertas,  
Ni el alcion apartó del mar sus ojos,  
Ni el lechón sucio hocica en los manojos.

El cuervo grazna; Scila, hija de Niso,  
Paga la culpa del cabello de oro;  
Y el gavilán la asalta de improviso:  
La garza en vuelo rápido y sonoro  
Corta los aires, sopla el tramontana,  
Y abunda de rocío la mañana.

Febe después del cuarto nacimiento  
Se muestra alegre, limpia y afilada,  
Y está clara en llegando al complemento;  
El cielo con la leche derramada  
De Juno (instando el Hércules infante)  
Se ostenta más hermosa y rutilante.

La Aurora, el lecho de Titon dejando,  
Sale fresca de Oriente á las barandas,  
Las sierras descubiertas plateando,  
Y por el llano, ó niebla sutil, andas,  
Y al plastro dando Apolo riendas flojas  
De verde se vistió con bandas rojas.

Pero si se volvieren blanquecinos  
Los nublados oscuros, y el solano  
Te cegare con sucios remolinos;  
Si en torno de la luna y de su hermano  
Cierco pálido ó rojo se mostrare,  
O el aire por la bruma se engruesare,  
Caerán calladas aguas en vellones  
De blanca nieve, la áspera Fuenfria  
Tendrá en sus ventisqueros cien montones:  
Ningun precepto mande que aquel día  
Suba por el camino alto y cubierto  
Hasta los pinos del dañoso puerto.

En la cuajada nieve el rastro avisa  
A las perras albanias y laconias  
Si el lobo, gamo ó liebre huyó deprisa,  
O de Tracia las grullas estrimonia:  
Manda entonces que, usando su ejercicio,  
Cierna los plomos líquidos Mauricio.

Dicen que éste en las fraguas de Vulcano  
Trabajó con los Ciclopes un día,  
Forjando rayos á la eterna mano,  
Que con ellos terror al mundo envía.  
Y en derretir metales salió diestro,  
Y en los globos mortíferos maestro.

Mas solamente el aguillon soplando,  
Cuando el carbon de arranque arde más vivo  
Lo ejecuta, cautísimo evitando  
Que se introduzca el tufo muy nocivo  
Del plomo en la cabeza, cuyo peso  
Será mortal, si fuere con exceso.

Así, orillas del bárbaro Orinoco  
El maligno curare, que está hiriendo  
Con pestilente vaho, en tiempo poco  
Tres ancianas reduce á fin horrendo,  
Antes que miren con veneno ungidas  
De sus flechas las puntas homicidas.

Ni así te admire el plomo introducido;  
De las hierbas las fibras delicadas  
Con limalla sutil se han advertido,  
Y al crisol zamorano examinadas,  
Se encuentran muchas veces (no te asombres)  
Con hierro las entrañas de los hombres.

Si en otoño y estío á la mañana  
Crece el calor, y el torbellino ha alzado  
El suelo, y se espesó la nube cana,  
Y descogiendo el arco variado  
La ninfa de Taumante hacia Poniente  
Trae mil colores con el sol enfrente,

Gran tempestad se apresta. ¡Ay, cuántas veces  
Temerá el pavoroso marinero  
Monstruos marinos y diformes peces!  
Borbotará bramando el surgidero  
Terrible, que, á pesar de mil afanes,  
Rompió el muy temerario Magallanes.



El padre Jove en noche tan horrible  
Fulmina el propio rayos y centellas;  
Creyeras ser del mundo el fin temible,  
Desplomándose el cielo y las estrellas,  
Las estrellas que (oh piélago) oscureces,  
Mojadas con tus olas muchas veces.

Mas si al tiempo que el toro á Agenor fiero  
Con los dorados cuernos relucientes  
Abre al año las puertas, y el frontero  
Can le cede y se esconde á nuestras gentes,  
La oveja escupe mucho y tose, en vano  
Templará los incendios del verano.

Quema los pastos el ardiente sirio,  
Y seco el vendaval corre furioso;  
La sarna es á los brutos cruel martirio,  
Ni la caza evitó el contagio odioso;  
Llueve sin viento, extiéndose la peste,  
Y á rabia incita estotro can celeste.

Azogue y fuego matará la sarna,  
La sarna, que es gusanos engendrados,  
Cuyo diente voraz mordiéndolo encarna:  
Heródes y el gran Sila atormentados,  
Y Seusipo el filósofo así fueron;  
Insectos asquerosos los comieron.

Finalmente en el sol hallarás cierto  
Pronóstico de todo: ¿Quién creyera  
Que el sol engaña? Si nació cubierto  
De nieblas, ó con manchas en su esfera  
Variare el nacimiento, ó si le sube  
Al lado izquierdo una pequeña nube;

O si cerúleo sale, la campaña  
De aguas se inunda; rojo viento indica;  
El propio tuvo compasión de España,  
Cuando la infiel conjuración inicia  
Al empezar el siglo se movía  
Contra la líbera excelsa monarquía.

Jamas hubo prodigios tan monstruosos,  
Ni asombraron más crínicos cometas,  
Cometas que los necios temerosos  
Juzgan exhalación, siendo planetas,  
Que Apolonio y Casini observadores  
Los vieron á los siete superiores.

Y como es ancho el ámbito del orbe,  
No es maravilla suceder azares  
En tal tiempo: mas ¿quién habrá que estorbe,  
Que con ciega ignorancia, que en millares  
Cunde, efecto del astro malicioso  
No juzgue el vulgo vil supersticioso?

Los ríos trastocaron sus corrientes,  
Y muchos hacía el alto nacimiento  
Volvieron asombrados á sus fuentes:  
De horrenda voz se oyó nocturno acento,  
Y el mundo, al ver de Apolo oculto el coche,  
Temió del primer caos la eterna noche.

Pálida interponiéndose su hermana,  
Negando el paso de las lúes bellas,  
Vistió de luto oscuro la mañana:  
Así vió á media tarde las estrellas,  
Muerto Jesus con general estrago,  
El filósofo, honor del Areopago.

Y el caballo feroz del rey tu padre  
Tres veces con horror bufó, saltando  
Por las tinieblas, aunque no le cuadre  
Al gran campeón que audaz le está enfrenando,  
Y aquel joven monarca vió en sus tierras  
Más que civiles intestinas guerras.

Más de una vez se vió en combate horrendo  
Las legiones filípicas y austriacas,  
Con iguales banderas ejerciendo  
Las cóleras, oh Vénus, que hoy aplacas  
La muerte procurándose enemigos  
Los deudos, los hermanos, los amigos.

¿Cuál furor ¡oh españoles! dió licencia  
Tan grande al hierro? Ni los cielos santos  
Vedaron que con bárbara inclemencia  
Con nuestra sangre y nuestros propios llantos  
Nuestros campos se inundan: otro acento  
Cante el dolor que rompe mi instrumento.

Tiempo vendrá que el cazador cavando  
Las hondas madrigueras, él se asombre,  
Armas y grandes huesos encontrando:  
Mas si para ensalzarse el regio nombre  
De Carlos fué preciso, arda la guerra,  
Y hártese con la sangre el mar y tierra.

¡Deidades, cuyo amparo ha protegido  
Siempre á España! ¡Oh gran Madre concebida  
Sin mácula! ¡Oh Millán esclarecido,  
De nuestros enemigos homicida!  
¡Oh gran patron Jacobo el Cebedeo,  
Por quien rompida la coyunda veo.

Pues sabéis cuánto le promete el hado,  
Al ménos conservadme este real mozo  
Que yo canto: bastante hemos pagado  
La culpa de Rodrigo con sollozo:  
Luis sólo baste en penas tan internas  
A enjugar estas lágrimas tan tiernas.

Y pues ya á caza sale apercebido  
De todos los pertrechos y advertencias,  
De sus perros y gentes asistido,  
Fuera el ocio, y perdonen hoy las ciencias,  
Y ¡oh Musa, compañera fiel! disponte,  
Vén y sigámosle los dos al monte.

NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

## EL ESTRENO DE UN CAZADOR.

(Véase la lámina de la página 145.)

¿Qué cazador en el mundo no recuerda sin estremecerse de alegría la primera liebre que ha matado? ¿Quién no tiene fijas, impresas en la memoria todas las circunstancias que concurrieron á un acto tan importante, capítulo primero del libro en que va el cazador anotando los hechos más ó ménos verídicos de su vida venatoria? ¿Quién no tiene presente el año, el mes, el día, la hora en que se consumó el suceso memorable, sin olvidar la topografía del terreno, hasta la configuración de los matorrales de donde arrancó la primera víctima?

¿Hay alguno de nosotros que no se conmueva ni se estremezca de placer al renovar con la mente las emociones que sintió al echarse la escopeta sobre los juveniles hombros, y salir al campo por vez primera con los papeles en regla, bebiéndose el viento que se encuentra por delante, y dispuesto á pegarle un tiro á todo lo que vuele ó lo que corra, aunque se trate de una mariposa ó un zanquilargo saltamonte?

Ninguno ciertamente.

Nada importa que la edad arrugue nuestro semblante, ni nos cubra de canas la cabeza; nada que con los años, la afición y la experiencia hagamos proezas ó milagros en la puntería, ya en caza menor ó ya monteando por las ásperas escabrosidades de una sierra, porque estos triunfos ni nos envanece tanto como el primitivo, ni bastan á borrar el recuerdo del feliz estreno del principiante, si quiera haya sido un gazapillo ó un lebratillo el símbolo de la buena suerte.

No puedo resistir á la tentación de referir la historia del día en que maté la primera liebre, seguro de que las impresiones que experimenté son las mismas que siente todo cazador que se haya encontrado en mi caso.

Muy grande y muy hermoso era aquel animal, pero hoy me parece de mayores dimensiones todavía, contemplado á través del halagüeño cristal con que se miran los recuerdos agradables del pasado.

Mi tutor, hombre excelente, cuyo buen corazón se envolvía en un manto de rigidez y de severidad, debido tal vez á sus altas funciones en la magistratura, no había tocado en su vida á la culata de una escopeta, porque tenía horror invencible á las armas de fuego. Yo, por el contrario, me despepitaba por ellas; y el buen señor, Dios lo haya acogido en gloria, conociendo mi pasión por todo lo concerniente á la caza, me contaba unas historias espeluznantes de catástrofes ocurridas, ya por descuidos con el arma, ya por la bravía fiereza de los animales.

Excuso decir que aquel trabajo era como el de predicar en desierto, y que por un oído me entraban y por otro me salían los que yo creí siempre cuentos forjados para desviarme de mis arraigadas aficiones.

Júzguese, pues, de mi situación en la casa, y de la facilidad que tenía, durante las vacaciones, para entregarme en cuerpo y alma á mi ejercicio favorito.

Afortunadamente, vivía cerca de nosotros un amigo antiguo de la familia, cazador acérrimo, á quien yo seguía en sus excursiones como sigue la sombra al cuerpo, llevándole la escopeta ó el morral, sirviéndole de criado, de ojeador y algunas veces hasta de perro.

Un día, antevíspera de la apertura de la caza, me decidí á confiar á aquel protector mis atrevidos pensamientos. Tenía ya diez y siete años y deseaba cazar de veras, como se caza en toda tierra de moros y de cristianos; es decir, con una escopeta en la mano. Presentéme á él llevando una cara tan grotesca, entre risueña y compungida, que sin poderse contener, soltó la carcajada.

—Llegas á tiempo, me dijo después de escuchar mi pretensión; acabo de comprar una escopeta, sistema moderno, de un cañon, ligerita y muy á propósito para tí.

Anda al jardín á probarla mientras voy á ver á tu tutor. Y se marchó. Yo me quedé temblando de emoción y de incertidumbre como un azogado.

Al fin vi volver á mi amigo con aspecto que me hacía presagiar un mundo de esperanzas.

—¡Gutta cavat lapidem! exclamó, suponiendo, y con razón, que yo estaba al corriente en latín. Trabajo me ha costado, pero al fin he obtenido permiso para que pasado mañana vengas á cazar conmigo....

Dí un brinco de alegría, lanzándome al cuello de mi protector, que se tambaleó con el empuje.

—¡Cuidado, hombre, que me vas á dejar caer al suelo! ¿Qué tal la escopeta, es buena?

—¡Magnífica!

—Pues yo te la regalo.

Al oír esto creí que me iba á volver loco de placer, y dí á mi generoso amigo la segunda acometida, pero tan fuerte, que se le hincharon las venas del pescuezo y se le puso el rostro del color de la violeta.

Por un momento creí que le había estrangulado.

Ya comprenderán mis lectores que me llevé dos noches sin pegar los ojos. Si algunos momentos los cerraba era para soñar con cosas que, contadas, parecerían pueriles y hasta ridículas, si ridiculez y puerilidad caben en ciertos sentimientos del alma. Viendo que no podía dormir, me levantaba para contar y recontar cien veces los cartuchos, probarme las polainas y el sombrero, y colgarme el morral en todas direcciones.

No lo recuerdo bien, pero creo que en aquel delirio llegué hasta á darle un beso á la escopeta.

A las tres de la madrugada del 1.º de Agosto, incapaz ya de contener por más tiempo la impaciencia, salí á la calle pertrechado de punta en blanco, dirigiéndome á casa de mi compañero.

Silencio profundo y completa oscuridad. Por fin, un resplandor pálido y blanquecino anunció por Oriente la llegada de la aurora. Vi que encendieron una luz en la casa, que se abrió la puerta, y poco después salió *Turco*, un soberbio perro con el que yo había colaborado el año anterior.

*Turco* y yo nos dimos un estrujón, que hubiera podido pasar por un abrazo.

Puestos en marcha, y bastante cercano el monte, comenzó al punto la caza.

A las nueve de la mañana había tirado once codornices sin acertar ni una sola.

¿Qué se había hecho de mis promesas, de mis sueños de serenidad, de aplomo y de buena puntería?

Momentos hubo en que sentí ganas de llorar de rabia y de despecho, cuando *Turco* se paró de repente. ¡Magnífica muestra, que no olvidaré en todos los días de mi vida!

—Es una liebre, me dijo mi bondadoso compañero. Anda con ella, pero ten calma y no te precipites. Has estado toda la mañana muy torpe.

Me aproximé al sitio haciendo el menor ruido posible: el corazón me latía de tal modo que no parecía sino que iban á saltarse las correas que llevaba en el pecho. Una liebre enorme arrancó del matorral en que estaba encajada. Puedo asegurar que perdí el mundo de vista, pero tiré, sin embargo, á diez pasos del animal. A través del humo de la pólvora distinguí al perro rodando con un objeto informe que trataba de huir. Sin saber lo que hacía, tiro la escopeta y me precipito sobre aquel interesante grupo, cayendo boca abajo en los jarales, llenos de agudos espinos.

Cuando volví en mí me encontraba en pie, con las manos chorreando sangre, teniendo en la derecha mi primera liebre y haciendo con las piernas una pirueta muy parecida á las del solo del cancan que se baila en Francia.

Por si lo cómico de la escena no resulta bien con la descripción de la pluma, le acompaño con un expresivo grabado, en el que, además de mi extravagante figura, aparece en segundo término la de mi buen amigo teniendo el sombrero en la mano y felicitándose gravemente por mi brillante estreno en la vida venatoria.

Ya no quise volver á tirar más en todo el día, por miedo de deslucirme, ni quise tampoco meter la liebre en el morral, sino llevarla colgada por las patas con una cuerda para que nadie ignorase mi habilidad en la puntería.



Entré en el pueblo con el orgullo de un antiguo romano para cuya gloria hubiera decretado el Senado los honores de la *ovación*, siendo una de las principales recompensas que obtuve el oír á mi tutor preguntarme, con una sonrisa de satisfacción, al triturar en la cena un muslo de la liebre:

—¿Cuándo vuelves otro día de caza?

J. M. C.

## LAS ALMADRABAS DEL ATUN.

(Véase la lámina de la página 149.)

No hay nada tan curioso para un pescador como el ver desde lo alto de un promontorio un banco de atunes formando un inmenso paralelogramo, y entregándose, sin confusión, sin desorden, á evoluciones estratégicas que honrarian al ejército mejor organizado.

Los pescadores expertos afirman que este orden es tan extraordinario, que si se llegara á calcular la primera fila del batallón de atunes, sería facilísimo saber por una sencilla operación aritmética el número exacto de pescados que caminan juntos.

Los atunes no se aventuran en el mar sino en tropas muy numerosas, y los marinos saben perfectamente que siguen imperturbables las embarcaciones, quizás para aprovecharse de los restos de las comidas que se arrojan al agua, y que al punto tragan con extremada voracidad.

Los pescados viajeros no reposan nunca sino cuando el mar está sereno; entonces se les ve jugar en las aguas y entregarse á mil recreos extraños. Así que corre viento y se riza la superficie del mar, los atunes continúan su viaje.

Los parajes de donde proceden estos pescados nadie ha podido saberlo hasta ahora, ni aún indicar de un modo positivo cuáles son sus cuarteles de invierno. Los antiguos, poco eruditos en historia natural, afirmaban que el *Palus-Meotides* (el mar de Azof) era la verdadera patria de los atunes. Los modernos ictiólogos aseguran que éstos vienen del Océano Atlántico, que penetran en el Mediterráneo por Gibraltar, siguiendo los unos las costas de África y Asia, los otros las de Europa, ó sean las del mar Negro y mar de Azof. Hasta algunos aseguran que los atunes se dirigen siempre á la mano derecha, y que dan la vuelta de estos mares pasando á lo largo de África, después el Asia, atravesando los Dardanelos por el lado de Aguas-Dulces, costeando esta parte y volviendo por la que termina en Constantinopla, pasando después las costas de Grecia, subiendo al mar Adriático, bajando por las de Italia, siguiendo las de Francia y España, y regresando de este modo al Océano, en el que buscan durante seis meses su seguridad, para exponerla de nuevo en la estación venidera, olvidado el peligro.

Hasta ahora, lo cierto es que los atunes tienen un gran cariño á las costas del Mediterráneo, y esto, sin duda, porque encuentran en las hierbas que cubren los valles profundos de este inmenso lago de agua salada el alimento que les conviene.

Este *fucus*, llamado glándula de mar, ha hecho dar al atun el nombre de cerdo marítimo.

A nuestro parecer, la predilección de los atunes por el Mediterráneo proviene de la facilidad que tienen de depositar su freza, particularmente en las recaladas de Cerdeña, y en ciertas bahías en que las hierbas son tan espesas, que es difícil, si no imposible, el atravesarlas. Al contrario de los demás pescados de la misma especie, los atunes no desovan en las desembocaduras de los ríos, sino en las costas, en las rocas y en medio de las algas.

En un principio, para cogerlos los pescadores del Mediterráneo emplearon el arpon. De éste pasaron á la red arrastrada por dos embarcaciones, pero apenas podía apresarse cinco ó seis de estos pescados exquisitos.

Según Oppiano, los pescadores de su tiempo habían inventado unos armadijos que se asemejaban á una almadraba. Este autor las describe como inmensas redes complicadas, que se componían de pasadizos, de puertas estrechas, de habitaciones y enrejadas, de emboscadas y lazos, entre los cuales el pescado que había entrado no podía ya salir.

No podemos creer que los pescadores de nuestros días hayan leído á Oppiano para inventar su almadraba, sino teniendo en cuenta las siguientes razones: el atun, que viaja siempre en compañía, no vuelve nunca hacia atrás, y siempre camina hacia adelante, hasta encontrar un obstáculo. Entonces, en vez de salvarlo ó saltar por encima de él, sigue sus revueltas hasta caer en el engaño.

Con esta observación que da la práctica, los pescadores se vieron en la necesidad de construir un armadijo para aprovecharse de la torpeza del atun, é idearon las almadrabas, que no son otra cosa que inmensas redes de mallas muy anchas de esparto, que forman como una muralla, y que se extienden mar adentro, sostenidas por grandes pedazos de corcho, y amarradas al fondo por anclas de varios tamaños. Éstas se colocan de modo que, al llegar las bandadas de los atunes tropiecen con los dos extremos de la almadraba, y, según su costumbre, en lugar de pasar ó romper el obstáculo de un coletazo, le sigan hasta el fin.

Introducidos una vez en la almadraba, su captura es cierta; pues como los atunes son muy curiosos por naturaleza, no encontrando nada que entorpezca su marcha, se vuelven de pronto y se encuentran en el primer compartimiento de la red, compuesto de mallas más espesas y dispuestas en un vasto cuadro. Estas mallas pérfidas conducen á los inocentes escombros á un segundo y después á un tercer recinto, que se llama el *corpus*. Éste es una gran bolsa, sujeta por la base á fuertes anclas sólidamente amarradas, formada de una red de cuerdas gruesas y cuyas mallas son muy estrechas.

Las almadrabas se dividen en tres clases: almadrabas de *vista*, de *monteleña* y de *buche*. Las almadrabas de *vista* son las que no tienen en el mar ningún armazón ó calamento en firme. Compónense de barcos provistos de redes, como se ve en nuestro grabado, que á la señal que se les hace cuando se avista la pesca desde una torre inmediata, dispuesta al intento, salen á remo á calar las redes que cada uno tiene á su bordo, para cerrar y traer hacia tierra la pesca, haciéndola salir sobre la arena, donde la matan para llevarla á los saladeros. Como para conseguir este intento es necesario que tiren los pescadores hacia tierra, á fin de traer los peces, también se la denomina por esta causa almadraba de *tiro*.

Las de *monteleña* son las que están armadas en firme, las cuales se colocan una sola vez al tiempo del paso de los atunes, y se quitan cuando concluye la temporada.

Las de *buche* participan de la naturaleza de las dos explicadas, porque, además de tener la armadura en firme, que más arriba queda descrita, tienen también algunas redes sueltas destinadas á acorralar los atunes, una vez entrados en el puerto donde está la cola de la almadraba; pues obligados por las mismas redes, entran los peces en aquella bolsa, y allí se los coge, como en las almadrabas de *vista*.

Danse además á las almadrabas otras denominaciones diferentes. Llámase de *paso* las que se arman en la estación en que los atunes emprenden su viaje anual de Poniente á Levante. Llámase de *retorno* las que se arman para coger los atunes á su vuelta de Levante á Poniente. Cuando sirven para uno y otro uso, colocándose de manera que encuentren al pescado en su viaje de ida y vuelta, se llaman de *paso* y de *retorno* y también *al derecho* y *al revés*.

Por su posición topográfica, se llaman almadrabas de *Poniente* las que se hallan situadas en este punto de las costas de España, y son: las de Almería, Vejer, Conil, Torres del Puerto, Barrosa, punta de la isla Zahara, Ayamonte y la Higuera. Las de *Levante*, que se hallan situadas en la costa de su nombre, son: las de Escombreras, Azoia y Cope, Vera, Calabardina, Águilas, San Juan de los Toreros, Agua-Amarga, Tabarca, é isla de San Pablo, Paraig, la del río Torres, Benidormes, Calpe, Rincon del Alvir y la Morayra.

La importancia de las almadrabas ha dado motivo á muchas disposiciones legales sobre su uso y ejercicio.

En primer lugar, se les ha concedido privilegio exclusivo, muy antiguo ya en España, á los matriculados de mar, para ejercitarse en ellas. Se ha prohibido el ejercicio de las demás artes de pesca, aún á los mismos matriculados, no tan sólo en el espacio que ocupan las alma-

drabas, sino en otro mucho mayor, por la parte de la entrada del pescado, para que no huyan ó se dispersen las columnas que vienen en este tiempo. Esta distancia se extiende á dos millas en las de Levante, por el lado de la entrada de los atunes en la estación de la pesca, si los empresarios lo exigen así; y en las de Poniente se guarda la Veda de todo otro arte de pesca para los de Zahara, Conil, Torres del Puerto y Punta de la Isla, desde el paralelo de la punta de Condon, para el Sur hasta el Cabo de Plata, en el Estrecho de Gibraltar, y para las de Ayamonte y la Higuera, desde la Torre Umbría, hasta dos millas de una y otra parte.

Hemos hablado de los empresarios, porque, si bien la propiedad de las almadrabas es de los gremios de pescadores en los distritos en que están situadas, el uso y ejercicio de esta propiedad no es absoluto; pues los gremios están obligados á subastar el disfrute de la pesca, para cuyo uso y ejercicio se hallan establecidas por nuestra legislación varias disposiciones.

La carne del atun es compacta, negra en algunas partes, y de gusto más sustancioso que la de los otros pescados. Su piel, lisa, es negro azulada encima y plateada bajo el vientre. Su aleta dorsal está adornada de ocho á diez rayos dorados, y las anales tienen de seis á ocho, formando iris.

El peso de los atunes varía de 20 á 60 kilogramos. Según Aldobrandi, en 1567 se pescó uno que tenía 32 pies de largo y 16 en lo más ancho de su circunferencia.

Este verdadero monstruo fué capturado junto á Gibraltar, y la copia de su imagen se halla en el libro *De Piscibus*. El dibujante ha representado una flota de buques de gran porte, extendida desde las branquias á la cola sobre el vientre del escombro.

En Cerdeña se sala el atun como el bacalao en Terranova, y se expide á España, Italia y demás países meridionales.

V. C.

## EL MES DE JULIO.

(Véase la lámina de la pág. 152.)

Véase en efecto, y véase con detenimiento, casi deberíamos decir con obstinación, porque su sola vista consuela: una bandeja con helados para refrescarnos por dentro, y las ondas cristalinas de un río para refrescarnos por fuera, son hoy, y no pueden menos de ser de otra manera, los bellos ideales que se ocultan bajo nuestra sudorosa frente, y las aspiraciones supremas que germinan en el fondo del alma.

No tenemos valor para examinar en el termómetro la altura á que se halla el mercurio. Harto nos lo revelan con su proverbial pesadez esas nubes de moscas que se posan en las calvas que encuentran, que pugnan por introducirse en las ventanillas de la nariz, ó tratan de catar antes que nosotros todo género de alimentos: con bastante elocuencia nos lo dicen los mosquitos al són de sus incómodas trompetillas, y esos otros animalejos más ó menos diminutos que llenan de picaduras nuestros cuerpos, de intranquilidad nuestras noches y de desesperación nuestros días, confirmando con los estragos de su despiadada guerra la verdad de aquel axioma que dice que no hay enemigo pequeño.

Cuando llegan días cual los de este bendito mes que se nos ha entrado por las puertas, se comprenden episodios tan horribles como los de la batalla de Bailén, donde los invasores se acuchillaban sin compasión unos á otros para adquirir el derecho de pegar los labios calcinados á las aguas inmundas de un arroyo cenagoso.

El sol, que es el enemigo común, no dora los campos ni los montes, sino que achicharra cuanto se le pone por delante, mirándonos con el ardor que miran los ojos de una criolla enamorada. Si no fuera por los tesoros de granos que nos madura y por las ricas canastillas de frutas que nos proporciona, sería cosa de renegar del tal Julio, ó de pedirle al cielo nos diese los medios necesarios para trasportarnos á vivir, mientras dura, á la región de las nieves perpétuas, dejándole en paz que ejerciese su acción fecundamente en la tierra, vivificándolo todo como el soplo de la Omnipotencia divina.

Los héroes de la fe que murieron en la hoguera son





LAS ALMADRABAS DEL ATUN.



los primeros mártires del cristianismo, porque no puede haber suplicio comparable con el suplicio del fuego.

En estas horas de luz candente que nos abrasa, apenas se concibe el que las Compañías marítimas no organicen expediciones de placer para hacer una visita á los osos blancos del polo Norte, y el que los fondistas no tengan allí preparados para los viajeros edificios construidos con carámbanos de hielo, dándoles en vez de sopa leche amenguada, sorbetes por principios, para postres quesos helados, y *Champagne frappé* como única bebida.

¡Dichosos mil veces los acuáticos vecinos de la antigua Gades, aquella preciosa ciudad que el mar se tragó en un santiamén, y que al decir de hombres muy formales, se halla intacta todavía bajo el sitio que ocupan las mutiladas columnas de Hércules!

Al paso que va la temperatura, no extrañaríamos leer en algun periódico callejero las siguientes noticias, dadas de la manera más natural del mundo:

«En el mercado de la Habana se han derretido los azúcares dentro de los bocoyes al contacto del sol. Se han perdido grandes fortunas, y el humo de la catástrofe se huele á muchas millas ántes de entrar en el puerto.»

«Los pescados del Cantábrico salen del agua perfectamente fritos como si los sacáran de una sartén. Esta circunstancia, prevista de antemano, ha duplicado el precio de dicho artículo, por la economía de aceite y carbon que de ella resulta.»

«Dos amantes que ayer pelaban la pava en un pueblo de Andalucía, á la hora de la siesta, han desaparecido, no se sabe si por disolución ó por evaporación. El padre de la novia se ha liquidado de ira, y la madre, llena de dolor, ha fermentado como una botella comprimida por el ácido carbónico. La autoridad competente hará las averiguaciones oportunas así que pase la canícula.»

Y otros sucesos por el estilo.

En el mes de Julio nos explicamos muy bien el terror supersticioso con que los pueblos antiguos reverenciaban al fuego, considerándolo como símbolo de religión, por cuya causa, y para apaciguar la cólera de sus absurdos dioses, lo mismo ardía en las mesas etruscas y en el dolmen de los celtas que en las selvas misteriosas de los bosques americanos, donde los druidas convocaban á los galos á celebrar sus extraños ritos. Nosotros, aunque en distinto orden de ideas, le tenemos hoy al fuego más miedo que aquellas hordas de la barbarie, porque el calor que nos abrasa no es á propósito para inspirar más que esta clase de sentimientos.

Un caballero regalon y egoísta mudaba de cocineros como de camisa, hasta que convencido al cabo que todos eran peores, cuando se incomodaba con el que tenía, le llamaba á su despacho y se contentaba con decirle:

—Pedro, estás despedido. Desde mañana te llamarás Juan.

Y Juan se volvía tranquilamente á la cocina, sin que cambiáran sus defectos por haber mudado de nombre.

Este mes, quinto del año instituido por Rómulo, se llamaba ántes *Quirinalis*, hasta que Marco Antonio, tomando por pretexto que el día 12 había nacido Julio César, pero aburrido sin duda y abrumado por el calor, le quitó el nombre y le puso el que hoy tiene, siguiendo la teoría del caballero del cuento. ¡Buen chasco se llevó el afortunado amante de Cleopatra, y bueno se lo ha llevado también la humanidad entera!

Basta por ahora de improperios, y refresquémonos con la esperanza de que ya viene cerca nuestra Virgen del Carmen á avisarnos con sus escapularios que ha sonado la hora de imitar á los patos, y que esperan á uno las aguas del Océano y del Mediterráneo; á otros las balsas ó la corriente de un río, y el baño casero para los que tratan de cumplido á los billetes de Banco.

Las provincias andaluzas y las de ambas Castillas empiezan ya á poblarse de esas inmensas caravanas de segadores que vienen de Galicia armados de hoces y provistos de anchos sombreros de palma que les preserven la cabeza de las mortales caricias de Febo. Extendidos en ala á manera de guerrilla, despojan á los campos de su espesa barba de espigas, escoltados por una turba de mujeres y chicuelos que van aprovechando los descuidos de la hoz, y recordando el episodio de Ruth, la interesante doncella de la Biblia. Las eras están limpias y prepara-

das para la trilla. Más tarde se aventará el grano, con gran regocijo de las aves, que pronto empezarán á morder por los rastrojos, en unión de las hormigas, mientras llega el momento de cebarse en las montañas de trigo.

Los árboles, llenos de espantajos para asustar gorriónes, no cesan de darnos en este mes sus azucarados frutos, y en breve vendrán los higos impregnados de ricas mieles á aumentar el catálogo de los obsequios de Julio. Los hortelanos, que no se sacian de llenar cestos de cerezas, manzanas y albaricoques, deslechugan y podan en verde sus pródigos árboles para equilibrar la vegetación, sin regarlos mucho á causa de la excesiva evaporación del agua.

Los jardineros defienden lo que pueden sus plantas del sol, y de noche airean las estufas para que las flores respiren y se entretengan oyendo el canto del grillo y el de la cigarra.

Exceptuando las de la cosecha, se suspenden casi todas las faenas agrícolas. El abono de las tierras en que vegetan plantas débiles y los riegos al anochecer, es lo más importante, además de dormir tres horas de siesta, léjos, por supuesto, de las bodegas donde las detonaciones se suceden como en un campo de batalla. Los cadáveres que le cubren son botellas de vidrio, y la sangre procede de la uva, ese precioso fruto que jamás probó un célebre borracho, diciendo que no le gustaba el vino en píldoras.

Y no tenemos fuerzas para continuar escribiendo por más tiempo.

Al empezar este artículo, una mosca, tenaz como un aragonés, negra como un mal pensamiento, zumbona como una pulla, é insoportable como un acreedor sin entrañas, empezó también á revolotear sobre el papel y sobre nuestras manos, llegando su insolencia á posarse hasta en los puntos de la pluma, buscando tal vez la frescura de la tinta; ésta es la hora que no nos ha dejado libres aún de su molesta compañía.

No tiene ella la culpa, sino el mes que calcina hasta su temperatura máxima el horno destinado sabiamente á las infinitas elaboraciones orgánicas, que, convertidas en seres, se revuelven y se agitan en nuestro rededor.

Si no fuera porque se nos tachase de plagiar á Neron, diríamos en estos momentos: «Quisiéramos que el sol de Julio fuese una lamparilla, para apagarla de un soplo.»

C. T.

## EL VENADO.

El venado es el rey de nuestros bosques. ¿Qué cazador no ha sentido latir su corazón y entusiasmarse á la presencia de un individuo de esta especie? ¿Qué otro animal puede compararse con él, respecto á majestad, fuerza, tamaño y velocidad? Es indudablemente el más hermoso de todos y el que más satisface las aspiraciones de los discípulos de San Eustaquio.

El ciervo ó venado, que es lo mismo, se encuentra en los bosques de la Europa templada y del Asia occidental.

Su pelo es generalmente rojizo en el estío. Sólo los cervatillos en los primeros meses tienen el pelo pardo, con algunas manchas blancas de pequeñas dimensiones; pero al próximo invierno le sueltan para cubrirse con otro del color general de su raza.

En invierno muda de pelo, y tiene éste el color gris amarillento; siendo más espeso y largo para abrigarle del frío y de la humedad.

La muda de estío se verifica en el mes de Mayo generalmente, pero se adelanta ó retrasa según la localidad y temperatura. La de invierno es en Octubre, con las mismas alteraciones.

Como variedades del pelo ordinario, merecen mención, por ser las principales, el *tostado* y el *albo*.

El ciervo es bastante bien proporcionado de figura, á pesar de que sus patas parecen ser muy delgadas; pero la fuerza extraordinaria de sus músculos demuestra que está compensada suficientemente la finura de sus huesos.

Su lomo es recto, y el cuerpo no muy abultado; los flancos largos, y el pecho lo suficientemente ancho para no entorpecer la ligereza de sus movimientos.

Las condiciones de sus *vientos*, *oído* y *vista* son tales, que su sutileza ha causado más de una vez la desesperación de cuantos se dedican á la caza de este noble animal.

Su instinto le enseña cuánto tiene que temer del hombre, y por esta razón le huye; pero se defiende y le ataca en sitios cerrados, ó cuando está herido y muy gordo, ó muy *apretado* por los perros.

El ciervo puede llegar á la edad de veinticinco años. El macho es más fuerte y mayor que la hembra.

El nombre del primero entre cazadores es el de *venado*.

La hembra se llama *cierva*, y las crías, *cervatos* ó *cervatillos*.

El distintivo de los dos sexos es la *cuerna*, que constituye el principal adorno del venado.

En el séptimo mes de vida del cervatillo se *muestran* ó señalan las *rosetas*, y en la próxima primavera (Abril) despuntan las *estacas* del *estaquero*: las *borquillas* del *enodio* salen en el mes de Mayo, y las cuernas de los venados en Febrero. La cuerna se desarrolla de un modo asombroso; y según las condiciones del pasto, puede estar dura á las diez ó diez y seis semanas. Hasta esta época está defendida por una piel cubierta de pelo del mismo color que el resto del cuerpo, llamada *basta*.

Una vez dura la cuerna, la *basta* se seca, se arruga y se pone como un pergamino; entónces el ciervo hace que se desprenda, frotándose contra los árboles ó los arbustos. Mientras dura la operación del *desbaste*, la cuerna es blanca; al poco tiempo toma color pardo más ó menos oscuro; pero en los ciervos viejos es de color de chocolate. La de los venados criados en rodales de coníferas es generalmente muy oscura.

La cuerna no siempre indica la edad de los venados. Los *estaqueros* tienen dos *estacas*, y éstas determinan un año de vida en el individuo que las lleva. Los *enodios* tienen una punta más en cada *estaca*, que forma una *borquilla* y precisa dos años de existencia. Al tercer año tiene la *cuerna* tres puntas en cada *rama*, una á muy corta distancia de la *roseta* y las otras dos forman una *borquilla* como la de los *enodios*.

A partir de los tres años, las dimensiones de la *cuerna* y número de puntas (*candiles*) varía según la fuerza nutritiva del pasto ó el grado de virilidad del individuo.

Se han visto *enodios* con cuernas de seis *candiles*, y al tercer año tener diez. Pero he visto ciervos de catorce *candiles*, y al año siguiente aparecer con ocho; esto es bastante frecuente cuando los ciervos son muy viejos.

Comunmente la cuerna guarda la misma forma que el año anterior, cuando el ciervo es sano y robusto. Si ha sufrido alguna lesión en los órganos genitales, el cuerno del lado correspondiente al órgano lesionado pierde la forma ordinaria, si la lesión se verificó después del *desmogue*; pero si fué ántes, el cuerno permanece en su sitio y sólo *desmoga* del lado sano.

Las cuernas de los ciervos son de mucho peso. En el año 1800 se cazó un ciervo en Dessau, cuya cuerna tenía veinticuatro *candiles* y pesaba 32 libras. Otra existe en Moritzburg de sesenta y seis puntas, y por consiguiente, de un peso enorme.

Cuando los venados han desmogado se distinguen por el *pinel* que pende de la verga.

El celo ó *brama* empieza á principios de Setiembre y termina á mediados de Octubre.

A fin de Agosto, cuando los ciervos están más gordos, indican su tendencia á encelarse por medio de un bramido que produce una gran dilatación del cuello, y van en busca del sitio donde el año anterior tuvieron la *brama*. Estos sitios se llaman *picaderos*.

Cerca de ellos se agrupan las ciervas en pelotones de 6, 8, 10 ó más cabezas, y se ocultan á las miradas del ciervo, acaso por exceso de coquetería. Este las persigue con los *vientos* en el suelo para descubrirlas.

Si encuentra con ellas *estaqueros* y *enodios* los lanza y se constituye en señor absoluto de las hembras, con una tiranía de las más severas, sin permitir que ninguna de sus favoritas se aparte de su lado á más de cuarenta pasos de distancia, y las *caree* al *picadero* elegido de antemano.

Por instantes se desarrolla su ardiente pasión, viéndose rodeado de tantos encantos, á los que contribuyen mucho las cervatillas de dos años con su gazmoñería. Estas son el blanco de sus primeros amores, y las persigue sin tregua hasta el punto de dejar el suelo removido, como si estuviera recién arado.



Por mañana y noche resuena el bramido del ciervo sin darse punto de reposo, ni aun para alimentarse, dedicándose exclusivamente á las delicias de su soberanía. De vez en cuando se aparta solo para refrescarse, introduciéndose en una *baña* próxima.

Otros rivales menos felices que él permanecen cerca del *picadero* para aprovecharse de cualquier descuido del señor del haren.

Si en un bosque se encuentran dos ciervos igualmente fuertes, se disputan la posesion de las hembras; pero la lucha que tiene lugar para adquirir el derecho de posesion es sin cuartel; es un combate á muerte, en que el vencedor sabe que su premio es la soberanía del *picadero*; pero el vencido paga frecuentemente con su vida el pecado de haberse dejado arrastrar por su pasión.

Durante la lucha las ciervas miran con indiferencia los trances que se suceden, y admiten las caricias de los ciervos jóvenes que, aprovechándose del combate, llegan á pedir los favores de las esclavas del señor del bosque.

El ciervo cubre á la hembra en poco tiempo.

En la cierva dura la preñez de cuarenta á cuarenta y una semanas, y pare á fin de Mayo ó principios de Junio, uno, raramente dos cervatillos, que en los tres primeros dias son tan torpes, que es fácil cogerlos con la mano.

Los cervatillos permanecen al lado de su madre hasta Mayo ó Junio siguientes, en que la abandonan y se asocian á un grupo de ciervos jóvenes.

Durante el invierno se agrupan los ciervos mayores en lo más espeso de los bosques, y permanecen allí hasta que desmogan; pues desde el momento en que les salen los nuevos cuernos, como son tiernos, evitan las espesuras, porque el choque con las ramas les lastima sobremanera.

En la primavera, mientras la *muda*, se esconden en lo más recóndito del monte, y permanecen ocultos todo el día; sólo salen á pastar durante la noche. En Mayo aparecen ya en pelo de verano y se establecen cerca de los campos lindantes con el monte, de los que no se apartan, si no son molestados, hasta la época de la *brama*.

Durante el estío se ven combatidos por los tábanos y las moscas, como el ganado vacuno, y para librarse de ellos durante el día se guarecen en lo más espeso del monte, ó en los trigos, y si hay estanques ó charcas, se refugian en ellos y no salen á pastar hasta la noche. A la madrugada regresan á su escondite, metiéndose ántes en las *bañas* que encuentran á su paso.

Un cazador de reses debe tener conocimiento de todo lo que atañe á ellas. Su vida, sus costumbres, sus gustos, señales que nos indiquen en qué rodal existen, y por ellas venir en conocimiento de qué clase y condiciones son. Si las tira debe conocer si van heridas, y en qué sitio de su cuerpo, y por consiguiente el mejor modo de cobrarlas.

Por las señales que deja el venado es fácil distinguir si es macho ó hembra, y el tamaño que tiene ó su peso aproximado. Entre las principales señales se deben contar la *huella*, la *cama* y el *excremento*.

El montero debe cazar las reses en su tiempo y sólo en esta época. El ciervo se caza en los meses de Agosto y Setiembre con preferencia, en que su carne es más sabrosa y grasa. En tiempo del celo tiene mal gusto y está impregnada de un tufo desagradable. Desde Octubre hasta Mayo el ciervo está flaco, á consecuencia de sus excesos en la época de la *brama*.

Para perseguir una res *cervuna* debe saberse distinguir si es macho ó hembra, y si llena las condiciones que de ella se exigen.

Quien tenga reses cervunas y quiera fomentarlas, es indudable que debe atender á su conservacion, evitando que se maten las hembras que están en disposicion de dar crías; y si se restringe el número, claro es que se debe proceder con inteligencia y buscar aquellas reses que se propone matar.

La huella del ciervo se distingue de la de la cierva en que toma distintas formas, de las cuales las principales son las siguientes:

1.<sup>a</sup> *El paso*. El ciervo marca, desde el cuarto año, el paso más largo que la mayor cierva. Si mide dos y medio piés, pertenece á un venado de diez candiles.

2.<sup>a</sup> *El paso rezagado*. Cuando las pezuñas posteriores se marcan á tres dedos de las anteriores. Sólo ciervos

muy viejos y excesivamente gordos dejan esta huella, á causa de la poca elasticidad de los tendones.

3.<sup>a</sup> *Paso pasado*. Lo marcan sólo reses jóvenes (machos) ó flacas, y se observa que la huella posterior está delante de la anterior.

4.<sup>a</sup> *Paso de las suelas*: en que se marcan las suelas de las pezuñas en la misma línea. Unas veces aparecen las cuatro suelas, y otras sólo tres.

5.<sup>a</sup> Las huellas del ciervo marcan más redondez en las puntas de las pezuñas que las de la hembra.

6.<sup>a</sup> El ciervo corta con sus patas el pasto y las hierbas, lo que se nota en la huella. La hembra los aplasta.

7.<sup>a</sup> Cuando el ciervo se levanta de la cama, marca en su centro una huella.

8.<sup>a</sup> Cuando el ciervo *desbasta* ó *monda* la cuerna, aparecen árboles descortezados; y cuanto más alto esté descortezado y más grueso sea, tanto mayor será la res que lo haya verificado.

9.<sup>a</sup> El excremento del venado es en todo tiempo distinto del de la cierva.

En invierno el del macho es redondo; cada bolita tiene un pico. El de la hembra es como el de la oveja. En la primavera los granos están unidos y compactos: en la hembra, son pequeños y sueltos como el excremento de cabra. En el verano el grano es más largo, y hasta Agosto está cubierto de una materia viscosa.

El ciervo se caza: á espera, á rececho, á ojeo y á caballo.

Cada una de estas maneras de cazar el ciervo será objeto de un nuevo artículo.

Las señales para conocer cuando una res ha sido herida, y el sitio donde se alberga el proyectil, han sido ya publicadas en el número anterior de LA ILUSTRACION VENATORIA.

AYLLON.

## CAÑONES DEL SISTEMA JAEN.

Á continuacion publicamos las observaciones que nos dirige un apreciable suscriptor, y que le han servido de base para adoptar la diferencia de calibre entre los dos cañones de una misma escopeta. Parte el Sr. Jaen del principio de que un cañon estrecho reduce más el tiro que otro ancho á una distancia determinada, y que aquél tiene más alcance que éste. De aquí infiere, por ejemplo, que una escopeta de dos cañones, de calibre 16 el derecho, y de calibre 24 el izquierdo, pone aquél los perdigones á 50 pasos y éste á 65, describiendo un círculo poco más ó menos del mismo tamaño; y que errando una perdiz con el primero, se la puede alcanzar mejor con el segundo tiro, por ser mayor el alcance del cañon de calibre 24 y por esparcir el tiro en un círculo del mismo tamaño que el anterior, mediando la distancia que es natural que adquiriera el vuelo de la perdiz desde el primero al segundo disparo.

Con estos antecedentes, y sin entrar á hacer algunas objeciones al suscriptor, hé aquí lo que él mismo nos dice, y que no deja de tener bastante fundamento:

«Hará unos diez y ocho meses que en una apuesta de tiro con perdigones verificada en Monte Muro, al ver el mayor alcance de las escopetas de menor calibre sobre las más anchas, me ocurrió una modificacion en los cañones; y despues de bien pensadas y hechas las pruebas necesarias, viendo la gran ventaja obtenida, la consulté con algunos amigos. Como éstos la aprobáran, se comunicó á los fabricantes de armas de Eibar, que tambien la aprobaron, diciendo que era cosa enteramente nueva, y que no dudaban tuviera aceptacion.

»Esta modificacion, que es sencillísima, y sin pretensiones de ninguna especie, está reducida, en cualquier sistema de escopetas de dos cañones, á hacer el izquierdo de menor calibre que el derecho; por ejemplo: el cañon derecho, de calibre 12, y el izquierdo, de 16, ó el cañon derecho de calibre 16 y el izquierdo de 24. Téngase entendido que con la misma cantidad de pólvora y perdigones, y aun con ménos, el cañon izquierdo alarga 14 ó 15 pasos regulares más que el derecho.

»Algun cazador que no piense detenidamente sobre esta reforma dirá que en lugar de usar cañones del *sistema Jaen* (que es el nombre con el cual se conocen, aunque

para ello me resistí, pues no queria figurárami humilde apellidado en un arma como reformador) de calibre 16 el cañon derecho y de 24 el izquierdo, sería preferible un juego de cañones de calibre 24 los dos, que son los que más alargan; pero tienen un gran inconveniente, y es que el cañon de calibre 24, á 45 ó 50 pasos, que es la distancia ordinaria para derribar una perdiz ó una liebre, en invierno esparce los perdigones en la mitad de la circunferencia que lo hace el cañon de calibre 16, y es, por consiguiente, más difícil dar á la pieza. Por el contrario, si á 45 ó 50 pasos de distancia se yerra una perdiz ó una liebre con el cañon de calibre 16, que esparce el tiro en una circunferencia doblemente mayor que el de calibre 24, y es, de consiguiente, más fácil darla, para cuando se vuelve á coger en puntería por segunda vez, se alarga 10 ó 15 pasos, y á los 65 pasos el cañon izquierdo, de calibre 24, lleva la misma fuerza para matar, y coge la misma circunferencia el tiro que la que á los 50 pasos hizo el cañon de calibre 16.

»Por dicha razon es tan ventajosa la modificacion; y aseguro, como cazador práctico, que este invierno último, cazando con escopeta del *sistema Jaen*, de Lefauchaux, que es, para mi corto conocimiento, la predilecta, pues las de percusion central ó Remington nunca se sabe cuándo están vacías ó cargadas, ni sujeta la puntería como lo hacen los dos gatillos de Lefauchaux, de calibre 16 el cañon derecho y de 24 el izquierdo, he matado perdices y liebres, despues de erradas con el cañon derecho, de calibre 16, á los 50 ó 55 pasos, derribándolas con el izquierdo, de calibre 24, á 85 ó 90 pasos.

»Debo tambien decir que no hay necesidad de gastar 600, 800 ó 1.000 reales para hacerse con escopeta del *sistema Jaen*, el que ya la tenga de calibre ordinario; pues con mandar la caja de la que se tiene á la fábrica, y decir que hagan un juego de cañones de dicho sistema, si la caja que se remite es de cañones de calibre 12, le corresponde hacerse de calibre 12 el cañon derecho y de 16 el izquierdo; pero si la caja es de cañones de calibre 16, que es lo más general, entónces se hará el juego de cañones de calibre 16 el derecho y de 24 el izquierdo, que es el mejor, y tan sólo costarán 200, 300, 400 ó 500 reales; en fin, lo que se quiera gastar. Para la caza de verano es mejor llevar los dos calibres iguales: nosotros mudamos los cañones desde Octubre.

»Hay el inconveniente de llevar cartuchos de dos clases; y como generalmente se tira más con el cañon derecho, se llevan veinte cartuchos del calibre 16 y ocho ó diez del calibre 24; pero en las de piston, ni esto se necesita.»

TOMÁS JAEN.

(Estella.)

## TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL D'Á 20 DE JUNIO.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y dos tiradores, la ganó, matando dos de tres tiros, el Sr. Dubosc, contra Mr. Okolicsanyi.

La segunda piña, igual á la anterior, la ganó, matando uno de tres tiros, Mr. Okolicsanyi, contra el Sr. Dubosc.

La tercera piña, lo mismo que las anteriores, la ganó tambien, matando uno de tres tiros, Mr. Okolicsanyi, contra el Sr. Dubosc.

La cuarta piña, igual á las anteriores, la ganó, matando uno de cinco tiros, Mr. Okolicsanyi, contra el Sr. Dubosc.

La quinta piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y tres tiradores, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, Mr. Okolicsanyi, contra los Sres. Conde de Gomar y D. José Armero.

La sexta piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, el Conde de Gomar, contra los Sres. Okolicsanyi y Armero.

La séptima piña, igual á las dos anteriores, la ganó, matando cuatro de seis tiros, el Conde de Gomar, contra los Sres. Okolicsanyi y Armero.

La octava piña, igual á las anteriores, de cuatro tiradores, la ganó, matando cinco de siete tiros, D. José Armero, contra los Sres. Okolicsanyi, Dubosc y Conde de Gomar.

TIRADA ORDINARIA DEL D'Á 27 DE JUNIO.

La primera piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y dos tiradores, la ganó, matando dos de tres tiros, D. Eduardo Anspach, contra Mr. Okolicsanyi.

La segunda piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres de tres tiros, Mr. Okolicsanyi, contra el Sr. Anspach.

La tercera piña, igual á las anteriores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Sr. Anspach, contra Mr. Okolicsanyi.

La cuarta piña, lo mismo que las anteriores, la ganó, matando dos de tres tiros, el Sr. Anspach, contra Mr. Okolicsanyi.

La quinta piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y dos tiradores, la ganó, matando cuatro de cuatro tiros, el Sr. Anspach, contra Mr. Okolicsanyi.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y dos tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, Mr. Okolicsanyi, contra el señor Anspach.

La séptima piña, igual á la anterior, la ganó, matando dos de tres tiros, el Sr. Anspach, contra Mr. Okolicsanyi.



La octava piña, lo mismo que las anteriores y tres tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, el Sr. Anspach, contra los Sres. Dubosc y Okolicsanyi.

La novena piña, igual á la anterior, la ganó, matando dos de tres tiros, el Sr. Anspach, contra los Sres. Dubosc y Okolicsanyi.

La décima piña, lo mismo que las anteriores, la ganó también, matando dos de dos tiros, el Sr. Anspach, contra los Sres. Dubosc y Okolicsanyi.

La undécima piña, cada uno á su distancia, de un pichon y tres tiradores, la ganó también, matando dos de dos tiros, el Sr. Anspach, contra los Sres. Dubosc y Okolicsanyi.

La duodécima piña, á 22 metros, carambolas, y cuatro tiradores, la ganó, matando cuatro de seis tiros, el Sr. Anspach, contra S. M. el Rey y los Sres. Dubosc y Okolicsanyi.

La decimatercia piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y cuatro tiradores, la ganó también, matando tres de tres tiros, el Sr. Anspach, contra S. M. el Rey y los Sres. Dubosc y Okolicsanyi.

### GACETILLA.

ELABORACION DEL ACEITE DE OLIVAS.—Hemos visto la extensa y erudita monografía que ha escrito sobre esta materia el ilustrado ingeniero agrónomo y profesor de la Escuela General de Agricultura D. Diego Pequeño, indispensable para todos los que se dedican á esta importante industria y á ese ramo de la Agricultura.

Se vende al precio de 5 pesetas, dirigiéndose á D. Eloy Pequeño, calle del Portillo, número 9, Madrid.

SINDICATO DE LA SOCIEDAD DE CAZADORES DE HUESCA.—Lo constituyen los Sres. Don Rafael Lafiguera, Presidente; D. Ramon Espin, Tesorero; D. Vicente Azlor, Secretario; D. Vicente Aguirre y D. Juan Sender, Vocales; D. Isidro Valero, Vicepresidente; Don Santos Naya, Vicetesorero, y D. Gregorio Alasanz, Vicesecretario.

SOCIEDAD DE CAZADORES DE TARRAGONA.—Ha sido organizada esta Sociedad por los Sres. D. Mariano Castellarnau, D. Roque Montagut y D. Daniel Planas, con otros muchos cazadores.

LUCHA DE UN HOMBRE CON UNA LOBA.—Tomamos de *L'Echo du Blanc*, lo siguiente:

El 11 del mes pasado, á las cinco y media de la tarde, una loba hambrienta perseguía en una finca perteneciente al Vizconde de Pully, al joven Luis Etéve, de edad de quince años, que no tuvo más tiempo para huir del animal que el preciso para subirse en una encina, felizmente próxima al sitio del suceso.

La loba, no pudiendo alcanzarle, se encarnizó con el desgraciado perro del pastor, huyendo despues en direccion del bosque cercano.

Al día siguiente, 12, en Chadrets, junto á Belabre, el mismo carniceiro atacó á un rebaño que estaba pastando; despues se dirigió á Terrier-Porcher, en donde persiguió hasta el patio de la granja al joven Monnetau, de catorce años, criado de la casa del colono de la finca.

Ahora bien, Dallais, guarda del Vizconde de Pully, y que se hallaba á unos 150 metros de la posesion, habiendo oido pedir socorro, corrió al momento en direccion de la voz, y al llegar á una distancia de 60 metros, dis-

paró contra la loba, cuya pata posterior derecha quedó atravesada por la bala.

Al sentirse herido el animal, dió dos ó tres vueltas, y despues se lanzó furioso sobre Dallais, el que, no teniendo más carga que la del otro cañon de su escopeta, y esa de perdigones, le volvió á tirar á unos 25 metros, hiriendo de nuevo á la loba en medio de la frente, sin que por esto detuviera su acometida.

Rompió la escopeta en la cabeza del animal, sin conseguir más que enfurecerlo, y entablóse una lucha cuerpo á cuerpo, en la que Dallais fué mordido en la pierna derecha y en el brazo izquierdo, teniendo además atravesado de una dentellada el dedo índice de la mano izquierda.

Estaba ya próximo á sucumbir, cuando, por un esfuerzo supremo, agarrando al carniceiro por el cuello, consiguió echarlo al suelo y sujetarlo debajo de su cuerpo, hasta el momento en que, agotadas sus fuerzas, vió llegar al colono de la finca armado con una hoz.



EL MES DE JULIO.

Habiendo colocado esta en el cuello de la loba para sujetarla en el suelo, Dallais pudo entonces emplear su cuchillo y la mató.

Dos horas despues de esta lucha sangrienta, Dallais fué visitado por dos médicos, cuyos cuidados se fueron á reclamar al pueblo vecino, por la gravedad de las heridas.

La autopsia de la loba, hecha al día siguiente por el veterinario de Blanc, probó felizmente que el animal no estaba hidrófobo, como se había creído en un principio.

FIDELIDAD DE UN PERRO.—Lo que sigue ha pasado en Nueva-York, hace algunos meses:

Un buque dejaba el puerto, haciéndose á la vela para Londres.

En la playa, un magnífico Terranova lo seguía con la vista, manifestando de una manera indudable la más cruel inquietud y el más profundo dolor.

Por último, no pudiéndose contener, se arrojó al agua, se acercó á nado al buque y trató de seguirlo.

A bordo se encontraba el dueño de este hermoso animal, un grumete inglés, que regresaba á su patria y que, á pesar de sus ruegos, no había podido obtener del capitán permiso de llevar consigo á este amigo.

Durante leguas y leguas siguió el perro al buque á vista de todos los pasajeros compadecidos y llenos de admiración al ver la desesperación de su amo y la inflexibilidad del capitán. Unicamente permitió éste que se le echaran al Terranova algunos pedazos de bizcocho.

Así se pasó todo el día y la noche. A la madrugada siguiente aún seguía el perro, y lo mismo siguió todo aquel día. Al otro, se le veía flotar en las olas como un cadáver.

Entonces tuvo piedad el capitán. Se echó al mar una lancha. El perro fué materialmente pescado, llevado á bordo y resucitado despues de mucho tiempo, gracias á los cuidados de su amo, secundados por la humanidad de todos.

Algunas semanas despues, á dos leguas de Londres, al llegar al puerto, naufragó un buque. Todos perecieron menos un joven, que trajo al puerto sin conocimiento un perro.

Una vez en éste, colocando una de sus patas sobre el cuerpo inmóvil, el animal se puso á ladrar con todas sus fuerzas. Algunos pescadores acudieron, y prodigaron al ahogado los cuidados necesarios que la práctica aconseja en tales casos.

Aunque el animal los dejaba maniobrar á su placer, seguía, sin embargo, con desconfianza todas las operaciones. Pero el ahogado se reanimó al fin, y el buen perro, lleno de una alegría imposible de describir, se puso á lamerle las manos; despues de lo que, sintiéndose fatigado, se acostó á los pies de su amo.

### INSTINTO DE UN ELEFANTE.

—La *Birmingham Gazette* refiere un hecho curioso de una elefanta llamada *Lizia*, perteneciente á una coleccion de fieras, de paso por Tembury.

Hará como unos cinco años que, despues de una marcha penosa, se dejó beber al animal cierta cantidad de agua fria, de cuyas resultas fué atacado de una grave enfermedad, que hizo temer por su vida.

Se llamó á un farmacéutico de Tembury, el cual, gracias á los cuidados que se tomó

por él y al tratamiento que empleó, le devolvió á los pocos días la salud.

*Lizia* no había olvidado á su salvador, y al volver el mes pasado al mismo Tembury, reconoció al farmacéutico á la puerta de su establecimiento. Verlo y abandonar á los demas animales fué todo uno, y vino á ponerle afectuosamente la trompa en la mano.

Por la noche el farmacéutico fué á visitar la coleccion, y *Lizia* lo recibió de la manera más cariñosa del mundo: le rodeó poco á poco con su trompa, levantándolo y sosteniéndolo en el aire unos minutos, con no poco susto de los espectadores, y costó mucho trabajo el hacer que soltara á su amigo querido.

Esta manifestacion, digna de admirarse en todos conceptos, de memoria y reconocimiento, es una nueva prueba que consigna de la inteligencia de los animales, y puede servir de rival á la historia del leon de Andrócles.

TIRO DE BOLAS DE CRISTAL.—Un nuevo tiro, el Tiro de bolas de cristal, ha tenido un éxito extraordinario en América é Inglaterra.

Esta clase de *sport* es un excelente ejercicio para los tiradores, porque la bola de cristal, lanzada por un vigoroso resorte, es mucho más difícil de dar que la paloma, además de la ventaja que de este modo no hay que deplorar esas *becatombes*, en las que se inmolan anualmente miles de aves, entre las que se hallan algunas que tienen para sus propietarios un gran valor.

## ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.—Coleccion de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros días, para ilustracion de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripcion, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias. Al mismo precio podrán adquirirlas los nuevos suscritores. Fuera de suscripcion se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid, y 60 en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está en prensa, y contendrá el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves* de Pero Lopez de Ayala.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administracion, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripcion.—Redaccion y Administracion de la *Biblioteca Venatoria* y de la *LA ILUSTRACION VENATORIA*, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA y demas ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introduccion por el Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que *LA ILUSTRACION VENATORIA*, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitacion.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de *LA ILUSTRACION VENATORIA*, podrá suplir á la coleccion del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella coleccion de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas á esta Administracion (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay tambien ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administracion en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.